

## RESEÑAS



*Entre la lluvia y el arcoíris.*  
*Antología de jóvenes poetas chilenos*

Soledad Bianchi. Rotterdam:  
Instituto para el Nuevo Chile, 1983.  
ISBN: 84-499-8958-2.  
281 pp.

Reseña por Alexis Ríos Valdivia

Pontificia Universidad Católica de Chile

[alexis.ros@uc.cl](mailto:alexis.ros@uc.cl)

\*

Dicen que “tras la lluvia, viene el arcoíris”, y también es conocida la fijación de la poesía por cantarle a la tristeza así como a la alegría. Ahora bien, tras diez años de acontecido el Golpe de Estado, del que ahora se cumplen cincuenta años, Soledad Bianchi en plena dictadura se aventuró a reunir las voces de los jóvenes poetas chilenos desde las orientaciones propias de una antologadora: ¿quiénes estarían presentados?, ¿qué criterio unía a este grupo de voces?, ¿de qué forma incluir las obras respectivas? *Entre la lluvia y el arcoíris* es el resultado de este trabajo de Soledad Bianchi, una empresa que aboga por la imaginación y el sentir de los jóvenes para la búsqueda de una palabra poética en la que se albergan las experiencias y tensiones de una generación que creció junto con el quiebre de la democracia en Chile.

Eduardo Parra, Juan Armando Epple, Gonzalo Millán, Javier Campos, Miguel Vicuña, Gustavo Mujica, Raúl Zurita, Carlos Alberto Trujillo, Gregory Cohen, Roberto Bolaño, Mauricio Redolés, Erick Pohlhammer, Jorge Montealegre, José María Memet, Bruno Montané y Bárbara Délano, la única mujer, ordenados según sus fechas de nacimiento, son el grupo de 16 poetas invitados a participar, de los cuales, a la fecha de publicación, la mayoría no había cumplido más de treinta años. Se solicitaron textos para la presentación de los autores y sus obras, un ejercicio que la editora nota positivo para la madurez y concepción del quehacer poético de las voces reunidas. Por otra parte, en cuanto a los trabajos reunidos, Bianchi seleccionó textos de los autores encontrados en distintas publicaciones. *Entre la lluvia y el arcoíris* congrega un grupo reducido de jóvenes poetas chilenos hasta el momento poco conocidos, voces que no habían sido incluidas en las panorámicas anteriores de antologías publicadas en el exilio tras el Golpe de Estado. Sin la pretensión de agotar el espectro de la “poesía chilena”, ni de entregar un recorrido completo por su desarrollo, tampoco de encasillar ni determinar una “nueva poesía” que se estaba realizando en el momento, Bianchi le da espacio a este grupo de poetas, atravesados por el Golpe y el exilio, como parte de una poesía joven comprometida con la realidad y la palabra como forma expresiva de una vida que se vive “entre la lluvia y el arcoíris”.

En esta antología se reúnen las voces de poetas que están comenzando su producción junto a otros que ya habían comenzado, menos conocidos y divulgados, salvo por la figura de Gonzalo Millán. Es la conjunción de voces dispersas debido al Golpe y el exilio, entre Chile, Francia, España, Inglaterra, Canadá, Estados Unidos, que se suman a la tradición anterior en la imaginación poética de su contemporaneidad. Gonzalo Millán es la figura que mejor representa esta conexión, y con el poema 46 de *La ciudad*, recuperado en la antología, lo puede decir mejor:

El anciano es un profesor emérito.  
Prohibieron la asignatura que enseñaba.  
Abandonó las actividades docentes.  
Confinaron al anciano en una aldea.  
Chile confina con Argentina.  
Su confinamiento duró un año.  
Muchos alumnos salieron de la ciudad.  
Otros murieron.  
Otros están presos.  
Otros están desaparecidos.  
Sus ex discípulos le escriben postales.  
Cuatro letras desde los cuatro puntos cardinales (Millán 66-67).

La autofiguración metafórica de Millán en el anciano profesor emérito expone la relación de la poesía y la actividad cultural con su tiempo como una actividad requisada, prohibida y confinada. También el corte político se hace presente en los cuerpos de los otros, con la muerte, el arresto y la desaparición. La resistencia al orden represivo de la junta queda en el ejercicio de la escritura y el vínculo que se genera pese a la distancia del exilio: ex discípulos, personas que aún escriben desde distintas partes, pese a las órdenes que expulsaron a su letra y a sus cuerpos del país. La fractura del orden democrático y la imposición de la junta militar, como señala Bianchi en el prólogo a la edición, significó la invisibilización, el olvido, la censura de la actividad cultural precedente con la presunta iniciación de un nuevo tiempo dictaminado por las órdenes militares. Las voces de estos jóvenes poetas chilenos miran la actividad cultural anterior para enfrentarse con un espíritu renovador y de disenso, de un quehacer serio y comprometido a su tiempo actual marcado por la censura, la represión y el autoritarismo. Citando al poeta Miguel Vicuña, y con una metáfora lúdica: “la diversidad en los poetas / pajaritos nuevos / son la mejor resistencia” (113).

Pese a las críticas que puedan surgir sobre esta producción de la “más nueva poesía chilena”, las voces reunidas por Bianchi se encuentran en la búsqueda por una palabra que pueda comprender su relación con el lenguaje literario y la realidad política. Esta búsqueda aparece en Eduardo Parra, que retoma los motivos y temas de cuentos infantiles: “la princesa era muy bella / por eso se quedó encerrada en un cuento” (32), irónica negación de la factibilidad de la literatura de representar y actuar sobre el tiempo actual hacia el entrecruzamiento de idiomas en la experiencia amorosa: “-Estag noite ton bragzos / sembra más fríolos / que sempreg –dijo ella. / Los 27 spots que él contemplaba melancólico / le parecían cada vez menos ensoñadores” (34). De esta manera, la fractura lingüística se multiplica. Miguel Vicuña pierde la referencialidad del lenguaje en su poema “Semanas”: “bicocas porque bogas porque lunes / así sin por qué sin sed / desde pobres los pobres cobres / desparramándolos los / los bolos los ajos los / paraguas acaso borras” (92). La aglutinación de unidades lingüísticas permite entrever la pérdida de una unidad sintáctica capaz de predicar sobre el presente, volviendo el tiempo y la vida una sinrazón. A su vez, Trujillo demuestra el desencanto en torno a la poesía y la creación: “El arcoíris se perdía / en / las / profundidades / del / mar / como un hermoso / anzuelo” (139), para después concluir: “Empiezo a familiarizarme / con la idea / de que la poesía / nada tiene que ver / con los poetas” (139). El quehacer poético se torna central para capturar la esencia de un tiempo que necesita de la poesía ir más allá de la lluvia y el arcoíris, habitar el espacio en el que el cielo

se ha nublado hasta que las fuerzas hayan logrado despejarlo, para que vuelvan a salir los colores y el sol.

Una figura constante dentro de los textos reunidos es la de la fotografía, técnica para capturar el presente y hacerlo un pasado, una historia, pero también la vía por la cual captar lo nuevo, el porvenir. Gustavo Mujica añora la pérdida de la referencia, con el poema titulado foto: “En vuelo / un pájaro / no supimos / la velocidad / ni la dirección / pues no existía / ni una sola / nube de referencia” (103). El vuelo del pájaro, que recuerda a los poemas modernistas, se encuentra perdido, sin dirección, tras la borradura de las referencias anteriores. Javier Campos asimila la actividad de fotografiar con la captura de una joven con la palabra poética: “Desta orilla del corazón / Levanto una máquina de daguerrotipo / y tú corres por la casa amarilla / Por un paisaje muy silencioso / Yo busco tu pose exacta / Desde la sangre que nos separa / Animales domésticos obstruyen la toma” (78). Su texto se marca por los tintes de la melancolía y la pérdida del referente. O Bárbara Délano, con su serie de poemas titulados fotografía. “Fotografía III” se vuelve una alegoría de proporciones históricas: “Quédate allí / estática / con tu minifalda del año 1968. / El patio era frondoso entonces / Hoy en cambio / comenzamos otra década / y ya hace mucho que pasó el año 1968 / y esa especie de victoria que / se te veía en los ojos” (276). Las voces de estos jóvenes poetas chilenos se hacen eco de la fotografía para la representación de un período que acabó con ilusiones, proyectos políticos y sociales, pero más importante aún, vidas y cuerpos que han muerto y desaparecido con total impunidad.

*Entre la lluvia y el arcoíris* de Soledad Bianchi presenta un pequeño grupo de jóvenes poetas chilenos, residentes en Chile o en el exilio a causa de la dictadura de Pinochet. Son voces emergentes, que se proponen reavivar el terreno de las letras y la literatura en un panorama y período en que la actividad cultural había sido desmantelada y los referentes de antaño pasaron a formar parte del discurso represivo o se censuraban. Son también voces comprometidas con su propio quehacer creativo, así como con la realidad circundante y el contexto sobre el cual se inscriben. Para volver a la metáfora inicial: son voces nuevas que se han mojado con la lluvia de la ciudad y miran, esperan, poetizan, para reencontrarse con el arcoíris y dar voz a quienes han sido callados, como a los referidos en el libro: Rodrigo Lira y Armando Rubio.